

Pedro Ruiz



“Es posible que el arte sólo tenga sentido si es para que los demás lo contemplen”

Osado. Y tímido. Un personaje. Sólo a él se le ocurrió enviarle un jamón a Felipe González, un saxofón a Bill Clinton, una brújula a Aznar –“para que se orientara”, matiza–; una caja de Biomanán a su amiga Montserrat Caballé y, ¡pásmense!, a un crítico de teatro una corona de muerto en cuya leyenda se leía: “A la memoria de tu fallecido cerebro”. Él es así: diferente. Si creen que no es un buen conocedor de la Fiesta, tienen razón, pero también la tienen si piensan que es un gran simpatizante de ella. Señoras, señores, ¡con todos ustedes!: ...Pedro Ruiz.

Texto: Laura Tenorio
Fotos: Paloma Aguilar

“**L**os toros forman parte de los recuerdos de mi infancia, porque mi padre nos llevaba con frecuencia a mi hermano y a mí a la plaza. Vivimos toda la época de Chamaco”.

¿La de ‘Chamaco y dos más’?

Sí, ésa, cuando allí había toros también los jueves. Además, mi padre, que era chofer particular, siguió a Manolete por toda España, porque su jefe –un vista de aduanas de entonces– era partidario suyo.

¿Qué otro nombre recuerda de aquellos años?

Al margen del de Chamaco, que ya digo era constante, recuerdo el de Arruza. También tengo un recuerdo muy amargo: el de ver morir a un torero en la plaza. Yo era muy niño, debía tener unos nueve o diez años, aunque no me acuerde del nombre del torero aquel momento se me quedó grabado –por las fechas que Pedro Ruiz comenta, pudo ser el novillero Rafael Martín “El Zorro”, quien fue mortalmente corneado en Barcelona, en 1958.

Ha mencionado a Arruza, quien muerto Manolete tuvo como rival a Luis Miguel, un genio por muchas razones, carismático como pocos. ¿Su gesto de autoproclamarse número Uno, allá por 1949, es, fue, un gesto de arrogancia, de confianza o de pundonor torero, que se dice?

Con todo mi respeto a Luis Miguel Dominguín, creo que uno sólo puede llegar a ser la mejor posibilidad de uno mismo, lo que nada tiene que ver con auto señalarse como número Uno. Eso es un gesto tosco, que debe pasar apenas como un tic.

¿Incluso para un torero?

Sí, absolutamente, incluso para Dios, si existiera que creo que no existe.

(En tono de broma) ¿Se refiere al dios que le llama a cobro revertido?

Sí, el mismo que espero que un día comparezca en la Audiencia Nacional, cosa que no creo, la verdad. Pero volviendo al gesto, creo que es un impulso o una vendetta, que se diría en italiano, y que desde luego no es elegante.

Usted que ha entrevistado a muchos toreros, que está acostumbrado a hacer preguntas, ¿le importaría hacer un comentario sobre sus interlocutores? Por ejemplo: Joselito.

Le conozco poco, pero me parecía un hombre circunspecto y que se tomaba muy en serio su quehacer en los ruedos.

¿Enrique Ponce?

Me parece un gran profesional y con una capacidad para todo fuera de lo común. Si se hubiera dedicado al fútbol hubiera sido también un gran futbolista. Creo que es un hombre con un enorme sentido de la responsabilidad. Y, además, nunca se hace notar. Lo mismo me decía mi padre de Chamaco: ‘Hijo, me gusta Chamaco, al margen de que toreé bien o no, porque después de dar un pase no busca el aplauso barato’. Y eso, como artista, lo he heredado de él.

Otro nombre: Antoñete.

Le quiero mucho, aunque fume.

¡Ya no!

¡Vaya! Creo que ha tenido tanto de sabio que a pesar de tener los huesos frágiles mantuvo el esqueleto siempre tieso, y eso se debe a una hábil mano.

Cristina Sánchez.

... Valor, lucha a contracorriente y capacidad de soportar la incompreensión. Consiguió que se le respetase, y esto último lo digo entre comillas.

Un torero que en su día se convirtió en un fenómeno de masas, a veces mal valorado...

Ya sé, ¡Jesulín!

Sí, el mismo.

Recuerdo que un día, que coincidimos en un camerino de Antena 3, me dijo en broma: ‘Pedro, que yo voy a ganar dos mil millones y me *marsho* de esto’. Claro que después ganó tres mil.

Pues igual ya se lo ha gastado, dicen que está barruntando volver.

Por lo que sea, pero lo cierto es que Jesulín es un personaje con desparpajo y eso al toro le viene bien. Como torero, me parece un diestro valiente y con muchas condiciones. Eso sí, a veces, el espectáculo extra taurino que ha

dado se le ha vuelto en contra y le ha privado de la consideración que se merecía.

En el toro, perderle el respeto a la afición siempre pasa factura.

Aunque sea otro discurso, también habría que preguntarse si la afición es siempre respetable.

Hombre, es verdad que a veces, ciertos sectores de aficionados pierden la razón por las formas.

Claro, pero es que todo es muy difícil. En parte, porque todo acto público que requiera un reconocimiento corre el riesgo de la impostura. Salir a un escenario o a un ruedo y decir: ‘Mírenme, señores, que voy a torear’ ya es un acto de impostura, de ego y de vanidad; estás pidiendo a los demás que reconozcan tu arte y que te aplaudan, pero lo mismo lo podrías hacer sin público. Por lo tanto, es posible que el arte sólo tenga sentido si es para que los demás lo contemplen. Porque el mérito de un cirujano no es menor que el de un torero y, sin embargo, al cirujano no le aplauden. Todo lo que ocurre cuando se está expuesto al foco tiene una difícil explicación, tanto para el que está en el centro del foco como para el que da o no su aprobación.

Sabemos que los espectáculos de masas sirven de catarsis colectiva.

Sin duda, son un *valium*, un desagüe de frustraciones personales, sexuales, familiares, profesionales... Todo lo que se grita en un foro público no se grita bajo techo propio.

Eso parece, pero sigamos con otros diestros: El Cordobés.

¿Padre o hijo?

Creo que ha conocido a los dos.

Al supuesto hijo, Manuel Díaz, lo llevé a *La Noche Abierta*, y con el padre he tenido roces muy pequeños, pero me parece que fue un fenómeno. Apareció proviniendo del hambre, en una España cerrada y negra y de una sociedad carente de vías de escape. En aquellos momentos, el talento y el valor de él se suman al hambre de la gente por redimir y deseosa de encontrar un héroe. Y aparece; aparece él. Lo hace de una manera heterodoxa, porque hace y dice cosas que no vienen en el guión de la vida. Mi amigo Raphael, el cantante, me contó que estando El Cordobés –ya famoso– en una reunión de alta alcurnia en casa de una marquesa, ésta le dijo presumiendo de hospitalidad: ‘Hombre, Manolo, en esta casa desde que venía usted siendo crío le queremos mucho’. A lo que el Benítez respondió: ‘Sí, claro, cuando me echaban los perros’. Para mí, una personalidad así es admirable.

Los que le han conocido bien, siempre hablan de su carisma.

Sí, a saber si era por su propio magnetismo,

por el exceso, porque también en eso tiene que haber un punto de exceso. Hoy en día, supongo que a José Tomás le mirarán los aficionados igual y sin embargo él no va haciendo aspavientos. El Cordobés, ya digo que muy al contrario, tenía ese componente de extravertimiento –me gusta decirlo así– que tanto colaboraba con el populismo.

Era el pueblo en estado puro.

Sí, dentro de sus valores y de su mucho mérito, él era el Belén Esteban de los toreros.

Uy, mire que lo transcribiré en los mismos términos.

Sí, sí, lo he dicho con todo el respeto hacia ambos. Sólo un matiz: él manejaba a la gente y ella es manejada por la gente.

Otro de sus entrevistados, Ortega Cano.

Lo conocí cuando yo tenía 20 ó 21 años y hacía en RNE un programa. Un día pensé en entrevistar a un torero, de modo que me fui al Sanatorio de toreros y al preguntar quién había ingresado me dijeron que en esos momentos estaba un novillero. Y resultó ser José Ortega Cano. Allí le hice la primera entrevista de su vida, algo que siempre me ha agradecido.

Cambiamos de personaje. Ya sabe que el Gallo afirmaba que lo bien hecho era lo bien arrematao, tal y como se toreaba en su época, pero hoy son muchos los que dicen que ahora se torea mejor que nunca.

Las disputas entre épocas en las que todo el mundo cree que lo suyo es lo mejor, me parecen inútiles. Como decía mi amigo José Luis de Villalonga, ‘la nostalgia es un error’.

Belmonte decía que se torea como se es, sentencia que se ha convertido en un lugar común entre la gente del toro.

Se vive como se es. Y la vida es, en sentido metafórico, una corrida de toros, incluso para aquellos a los que no les gustan los toros.

Pedro, ¿hay gente pa tó?, que también afirmó El Gallo.

Bueno, a veces no hay gente pa ná, jejeje. ¡Depende tanto! Lo que sí hay es gente para todos los nada.

¿Para todos los nada?

Sí, eso es de plaza vacía y mucho silencio.

Vale, lo que usted diga.

Severo Ochoa llegó a afirmar que los toreros son científicos que además se juegan la vida. Replique, por favor.

Seguramente esté de acuerdo con él. Los toreros tienen que procesar tantos datos, tantas inquietudes y tantos temores a la par que de-



ben hacerlo poniendo en ello todos los sentidos; si no aplicaran esa sabiduría en el momento justo, cuando están jugándose la vida, los percances serían infinitamente más numerosos. Y lo de científicos no sé con qué intención lo dijo, supongo que porque los toreros tienen que manejar en una fracción de segundo un volumen de información desmesurado al tiempo que deben acertar en cada decisión que tomen.

Creo que fue Pedro Piqueras quien en estas páginas afirmó que los toreros son los héroes del siglo XXI. ¿Lo son también para usted?

Los héroes del siglo XXI, en estos momentos, son los parados y los que apenas cobran 600 euros al mes. Dicho esto, desde el punto de vista de la epopeya en cuanto al mérito de lo que hacen, los toreros pueden ser uno de ellos, pero ¡ojo! Que un bombero también puede serlo.

¿Es verdad que lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa, como dijo Ortega y Gasset?

Pues sí. Esa frase se la oí a Martín Ferrán y creo que encierra mucho sobre lo que nos acontece en la vida.

A lo que voy, Ortega también dejó escrito que para conocer la Historia de España en los últimos siglos se hacía imprescindible conocer la de las corridas de toros.

Él sabría por qué. Yo es que soy poco patriótico. La Historia de la humanidad me parece un largo cuento de polvos y de ambiciones.

Y el hecho de que en Cataluña tengan a los toros en un brete, ¿qué opinión le merece?

Es una manipulación política, sin duda, contra la que yo me revelo porque entre otras co-

sas me están intentando hurtar mi infancia.

¿Qué siente cuando va a los toros?

Lo que siento es que estoy ante un espectáculo de arte y dolor, aunque lo que me gustaría es ver arte sin dolor, cosa que sé que es imposible.

Tengo entendido que se anunció en un festival, en 1983, en Barcelona.

Sí, lo organizó Luis del Olmo. Mi amigo Enrique Patón fue el que anduvo al quite. Porque yo, con mi particular sentido del espectáculo, se me ocurrió irme a porta gayola. Claro que fue sólo una puesta en escena, porque diez segundos antes de que el animal saliera, en medio del runrún, levanté el dedo y me puse en pie. Después, le di unos cuantos pases y algunas carreras.

¿Hubiera sido torero?

Creo que no, no tengo ni el valor suficiente para torear ni tampoco el necesario para matar al animal.

¿Ha encontrado algún perfil de madurez precoz entre los personajes con los que ha dialogado “en público”?

Sí, más entre los toreros que entre los artistas. Un ejemplo claro es El Juli, quien es un maduro prematuro, aparte de niño prodigio.

Para terminar, ¿mantiene amistad con algún torero?

Sí, mantengo muy buena relación con Rivera Ordóñez, desde antes de su boda con Eugenia Martínez de Irujo. Cuando torea en Barcelona y estoy allí, le acompaño en el callejón. También tengo buen trato con Javier Vázquez y me llama mucho la atención Esplá, a quien considero un intelectual que está cerca de la sangre. 